



En una humilde casita en Guayabo de Turrialba, los padres de Jorge Debravo, sobreviven a empujones con ¢27.000 mensuales.

mientras el poeta costarricense Jorge Debravo

(1938-1967) ha escapado exitosamente del olvido que acarrea la muerte y sigue teniendo una presencia determinante en la poesía nacional; sus padres, Joaquín y María Cristina, sobreviven a duras penas en una sencilla casita en Guayabo de Turrialba con dos pensiones de ¢13.500 cada una y “la ayuda de Dios”.

Joaquín Bravo y María Cristina Brenes son dos ancianos de 85 años –“Juntos somos un aterro de años: 170”, dicen entre risas– que llevan 66 de casados.

No trabajan porque la edad les ha borrado ciertas habilidades y facultades físicas y les ha añadido unas cuantas dolencias.

Bravo cuenta que sus ojos “ya no quieren alumbrar” y que le cuesta mucho caminar; Brenes ha estado enferma, tanto que hace unas semanas estuvo hospitalizada con fuertes hemorragias nasales.

Ahora los dos se encuentran de nuevo juntitos en su casa, ubicada cerca de la iglesia de Guayabo de Turrialba.

La casa del poema

Después de mil recovecos para llegar a Guayabo, es fácil encontrar la vivienda de los papás de Debravo: un rótulo de madera con un poema de su hijo señala el sitio.

La bienvenida es: “*Que todos tengan tierra como tienen el aire. Porque el aire no es de nadie, nadie, nadie y todos tienen su parcela de aire*”.

Don Joaquín recordó que el rótulo se lo obsequiaron unos

estudiantes de Cartago hace algún tiempo y contó que lo cuida como una reliquia.

“Aquí siempre vienen grupos de estudiantes y otras personas a preguntar por Jorge: quieren saber dónde nació, cómo era, qué le enseñamos. Nosotros los atendemos con mucho gusto, les decimos que él nació aquí, bueno como a los 100 metros, pero es lo mismo”, dice este hombre de estatura pequeña y mirada pizpireta.

La pareja es gente hospitalaria y confiada: invita a entrar en su casa a cuanto desconocido les pregunta por “su muchacho”, como aún llaman a Jorge.

A “su muchacho” se le encuentra en la sala: allí hay dos fotos y un dibujo del poeta, junto a una imagen de los padres jovencísimos con gesto serio y mirada gallarda. Él apuesto, ella dulce.

Actualmente, a doña María Cristina se le puede encontrar casi siempre en la cocina y a don Joaquín, en el cuartito. “Ella hace el oficio de la casa y yo me dedico a ayudarle. ¡Qué hace uno, no hay para pagar un empleado! Le ayudo a lavar los *peroles* (enseres de la cocina) y en otras cosas. Después conversamos, oímos noticias. Nunca salimos a pasear. El 31 de enero (Día de la Poesía Costarricense, dedicada a Debravo) nos habían invitado a San José, pero ella (su esposo) se me enfermó y no pudimos ir”, comenta Joaquín.

Los empujones

“La pasamos con lo que Dios nos ayude. Una vez, el escritor José León Sánchez nos mandó un montón de comida que nos alcanzó para un buen rato, como un año. También nos han ayudado unos inspec-

La olvidada ascendencia del poeta

tores del Seguro”.

“Es que viera que lo que más se gasta es la comida –interviene ella–. Durante mucho tiempo, él (su esposo) tuvo una pulpería, La Navidad, pero la cerró hace varios años y esa era nuestra entrada”.

Joaquín mira al suelo y se justifica diciendo: “Hacía muchos enredos con las cuentas”.

Hoy, su situación económica es muy comprometida. “La pensión que recibimos solo alcanza para comer. Nosotros no podemos caminar mucho y para ir a Santa Cruz de Turrialba (donde los atienden los médicos) tenemos que irnos en un carro que nos cobra \$3.000”, reflexiona María Cristina, a quien le preocupa lo que se gasta cuando ella se enferma.

—¿Y Jorge era su único hijo? No, fue el mayor y único varón de sus cinco hijos. Es decir, tienen cuatro hijas y más de 20 nietos.

“No es que nuestras hijas no quieran ayudarnos, es que es muy difícil para ellas a como se ha puesto la cosa en Costa Rica... Todos en sus familias son campesinos, jornaleros y están luchando para salir adelante... Además, para los días que nos quedan, la pasaremos como Dios quiera”, dice Joaquín, quien no se cansa de excusarse ante los visitantes por la sencillez de su casa.

“En esta vida no hay que desesperarse, hay que tener paciencia”, expresa María Cristina, mientras se deja abrazar por su marido. Y él agrega: “Vivimos felices, como un buen matrimonio



KATTIA VARGAS/LA NACIÓN

Jorge Delio Bravo —“Debravo” es la contracción de Delio y Bravo— murió en 1967, a los 29 años, en un accidente de motocicleta.

con buenos hijos. Por dicha, después de tantos años seguimos juntitos los dos y eso nos ayuda. No somos como los matrimonios de ahora que se casan y al momento se divorcian”.

Padres orgullosos

No importan la necesidades, ni los escasos muebles, ni las enfermedades... Ellos siguen viviendo con el recuerdo de su hijo, en el corazón y en las imágenes. “Ya no tenemos nada de él, ni los libros. Una vez, yo agarré lo poco que quedaba y me lo llevé para la universidad (¿Cuál? —interrumpo—. “La universidad”, repiten al unísono—) para que no se lo comiera una rata. ¿Dónde se ha visto que los padres vivan más que los hijos?”, comenta Joaquín con un destello de tristeza.

Se repone rápidamente y expresa: “Cada día aparecen cosas nuevas, con ideas de él y nos visita mucha gente que quiere saber sobre Jorge Debravo. Uno agradece todo eso. Para el pueblo, Jorge no ha muerto, lo tienen en la mente”. María Cristina interrumpe a Joaquín para añadir con orgullo: “Hasta es bien conocido en el extranjero”.

No es que su muerte les dejó de doler. Cada vez que recuerdan el accidente que sufrió y lo repentino de su fallecimiento las palabras se les llenan de melancolía. Es que su orgullo de padres puede más que el dolor y la pobreza.

Amparados en su cariño mutuo y confiados en la ayuda de Dios, esta pareja vive en paz “los días que les quedan”. □

Retrato hablado

Joaquín Bravo y María Cristina Brenes hablan acerca de su querido muchacho, Jorge Debravo, poeta costarricense autor de poemarios como *Besticillas plásticas* (1960) y *Canciones cotidianas* (1967) y Benemérito de las Letras Patrias.

El niño estudioso.

Joaquín: “María Cristina lo preparó. Gracias a eso se ganó cinco años y entró a sexto grado. Mientras ella hacía oficio doméstico, él le preguntaba qué escribía. Ya en sexto grado, llegaba con papelitos, nos decía que era poesía y la leía. Nosotros no sabíamos de poesía, pero siempre le decíamos que era buena”.

Buen hijo.

María Cristina: “Era un amor conmigo. Me ayudaba al cocinar o, mientras yo cocinaba, él tenía el brazo puesto en mi hombro”.

Nacido para escribir.

Joaquín: “Jorge fue un niño que nació para escribir. Él sabía que en el traba-

jo del campo no se ganaba y por eso quiso estudiar”.

Medio “falto”.

Joaquín: “Jorge era muy callado, iba de aquí a Santa Cruz de Turrialba leyendo y no saludaba a nadie, ni hablaba. Por eso, alguna gente me dijo: ‘Ese muchacho parece medio falto (retardado)’. No lo entendían”.

Hasta tarde.

María Cristina: “Jorge ni se acostaba en la cama, siempre se dormía sobre los libros”.

El aviso del accidente en 1967, en el cual murió Debravo.

Joaquín: “Un empleado de la Caja Costarricense del Seguro Social nos avisó. Yo iba caminando con una carguilla en el caballo y me senté, ni sé qué se hizo el caballo. Me quedé como ido y fui a buscar a mi señora, que acababa de oír la noticia por radio Reloj. Le dije: ‘Con la ayuda de Dios todo se supera’”. **María Cristina:** “Me quedé como en otro mundo. Bueno, peor haber tenido un hijo asesino. Él fue bueno”.